

Cómo aprendí a ver el bosque

Encuentro con el Nixticuil como otro distinto

Olivia Guadalupe Penilla Núñez

CIESAS Occidente | Jalisco, México
olipenilla@gmail.com

Lo que comparto a continuación es cómo y qué proceso influyó en mí para reconocer a un bosque, al Nixticuil, como un ser cercano. Soy muy citadina y nunca me había planteado la posibilidad de conocer a un “otro” tan distinto del que aprendiera a ser tan sensiblemente viva. En este proceso descubrí a ese “otro” que vive formando parte de las redes de vida. Es decir, hablo aquí del giro ontológico, el giro que cambió mi forma de ver y estar en el mundo.

Sentir la crisis¹

Llegué a la colonia “El Tigre 2” en Zapopan, Jalisco, por un proyecto que, en principio, buscaba conocer las necesidades de los vecinos que vivían al lado de un bosque nativo. Algunos grupos organizados nos señalaron que este sitio, de alrededor de 1,800 hectáreas, había sido declarado área de protección hidrológica a nivel municipal, pero se veía amenazado por algunos desarrollos inmobiliarios.

En las colonias colindantes había al menos dos grupos organizados para la defensa del bosque, pues a pesar de ser “oficialmente” protegido, sufre sistemáticamente de incendios provocados. Eso ocasiona que va perdiendo terreno en favor de otros usos de suelo. Una primera actividad a la que nos invitó un grupo, fue a reforestar. El trabajo me permitió reflexionar sobre la vida, me hizo detenerme para mirar espacios de tierra empedrados, los muchos gusanos que dan nombre a este bosque, las ortigas que

¹ Lo que presento es una versión muy sucinta, en modo de narración, de parte del trabajo de campo de la tesis doctoral: “Narrativas del Nixticuil. Experiencias desde un bosque periurbano”, CIESAS Occidente, Jalisco, México, 2020.

me irritaban la piel. El grupo de vecinos que hacía estas tareas permanentemente se ganó mi respeto. Sin embargo, pensé al bosque lejano y actué como si le correspondiera a ese grupo cuidar de él, por vivir tan cerca.

Una vez que me di cuenta de que había un bosque, me resultó increíble que, caminando entre las colonias aledañas, preguntando a la gente, me respondieran, ¿cuál bosque? Esa respuesta me asombró. Yo no sabía que ahí había un bosque, pero la gente que vive a su lado, ¡tampoco!

La crisis ambiental, pienso ahora, se sostiene por nuestra incapacidad para mirar, de sentir al otro, en este caso, el bosque. En nuestra sociedad hemos perdido la capacidad de percibir bosques, lagos, selvas, todo lo vivo que antecede a la mano humana. Las personas se refieren a estos espacios como terrenos, como baldíos, como hueco en la realidad mientras no esté edificado.

A pesar de haberme percatado de la crisis, de haberme conmovido porque no todos sabemos que hay más de un bosque nativo muy cerca de la metrópoli que habitamos, dejé que la urgencia me llevara a otros destinos. Y tardé en regresar al Nixticuil, dos años más. Esta vez me preguntaba cómo se hace el vínculo con el ambiente, cómo difiere para los distintos grupos vecinales: unos no lo perciben, otros lo defienden de un modo y otros lo defienden de otro que no termina por conciliarse con el primero y ambos entran en conflicto constantemente. En este afán por comprender, me acerqué a distintos grupos, busqué participar de sus actividades y entrevistarlos con todos. Sólo una brigada comunitaria continuaba con las labores en el bosque semanalmente.

Aprender a querer con “trabajo”

Al principio me fue difícil acostumbrarme al trabajo físico que suponía acompañar a la brigada. Era difícil incluso dormir temprano para estar a tiempo (antes de las 8 am) para que el sol no pegara tanto. También era complicado porque las herramientas me eran extrañas; yo no sabía ni su nombre, ni para qué servía cada una. Me acercaba a preguntar, pero tenía la impresión de que interrumpía el trabajo de los demás, así que la mayor parte del tiempo observaba muy detenidamente cómo hacían todos. En la brigada había señoras que me llevaban veinte años, algunas parejas jóvenes, o que al menos me lo parecían, que me resultaban contemporáneos (entrados los treinta), gente llegando a los veinte años e incluso niños que también se sumaban o que jugaban mientras sus papás trabajaban.

La faena me parecía muy pesada, pero le fui tomando gusto al punto que, cuando por alguna razón no podía ir, sentía que me hacía falta. Fui aprendiendo que hay dos temporadas en el año y por lo tanto dos trabajos cotidianos en las aguas y en las secas: en el tiempo de agua corresponde reforestar, y aunque es un trabajo menos arduo, tampoco es fácil porque

la tierra es rocosa y hay que buscar el espacio donde un arbolito pueda crecer. Las sesiones de reforestación de cientos de árboles, además, incluían cuidar la bolsa donde estaba la plántula, porque todo se reutiliza. El tiempo de secas es un poco más difícil: hay que cortar la hierba crecida, hacer zanjas, guardarrayas y lo más pesado: apagar incendios.

Conforme pasaron las semanas fui aprendiendo cuáles eran las plantas que me daban urticaria y que había arañas de las que debía cuidarme; aprendí a diferenciar también a los robles de los pinos, sus tiempos de crecimiento tan distintos. Los encinos del Nixticuil tardan muchos años en crecer: había algunos que tendrían 5 años y no rebasaban los 40 centímetros de alto.

Había un chico en la brigada, a quien nombraremos Jorge, de unos veinte años pasaditos. Él llamaba mi atención porque siempre era el primero en aprontarse a las herramientas pesadas; en ir adelante haciendo zanjas, cortando hierba... Pero también por su manera de empatizar conmigo. Fue él quien se me acercó cuando me veía cansada y que no sabía usar las herramientas. Me fue enseñando cuál era y cómo se usaba el azadón, cómo aprovechar mejor el pico o la guadaña sin usar tanta fuerza. El que se acercara y me ayudara me dio confianza para preguntar si estaba haciendo bien el trabajo, a veces cosas tan simples como qué tan profundo debía cavar. Las conversaciones informales eran siempre sobre el trabajo y el uso de herramientas.

Parte de las tareas cotidianas en estiaje o las lluvias es la limpieza del bosque. Una encuentra basura por todas partes, a veces bolsas de comida, latas o envases; pero a veces llantas o escombros. Otra tarea cotidiana es el cuidado de los árboles, procurar su salud y buscar estrategias para que sobrevivan. La brigada cuenta con profesionales de biología, ingenieros forestales y veterinarios de fauna silvestre. Pero sin ser profesional, es de todos sabido que el muérdago debe retirarse. Una mañana mientras cortábamos hierba crecida y seca para evitar que los incendios se esparzan, vi a Jorge saltando entre las ramas de los robles más altos. Se sostenía con una mano, mientras con la otra se aferraba a la sierra. Yo sentí miedo de que cayera y hubo un rato en el que no quise ver, pero conforme pasaba el día tropecé con su enorme sonrisa. Él no tenía miedo, estaba feliz. Cuando bajó le pregunté cuánto tiempo llevaba en la brigada y me respondió: “desde que empezamos, más o menos unos diez u once años”. Hice la cuenta y lo imaginé empezando muy niño.

Las lecciones de Jorge, lo que me dijo, en su propia voz

Yo soy el más chico de cinco hermanos, de niños a ellos también les gustaba mucho el bosque. Íbamos a jugar, a hacer un picnic, a comer, a meternos al

río y pues era bien chido, en familia, con los primos, los hermanos... Yo creo que éramos unos siete, ocho, más los amigos que se colaban. Pero ahorita que ya todos tienen familia, tienen hijos y tienen pareja y cosas así, pues casi no vienen. Los extraño. Cuando murió mi mamá (ayer cumplió ocho años) me dejó con mi tía y hace dos años que me vine a vivir aquí, con esta familia de la brigada, pero ya antes venía. Empecé a venir porque un compañero me invitó: "vamos al bosque a regar". Creo que tenía como once, doce años. Venía prácticamente todos los días. Vivía aquí abajito.

Antes las regadas eran más... Más trabajo físico, porque teníamos que hacerlo con baldes y tambos. No teníamos la cisterna todavía. Lo que se hace ahora en tiempo de lluvias es la planta de árboles, juntar semillas para germinarlos y que crezcan. En los tiempos de seca son los incendios, regar los arbolitos, podar, cortar muérdago. Eso me gusta, porque tengo que subirme a un árbol y pues... ¡Sí es cansado! Pero es una satisfacción quitarle un parásito al arbolito para que no se muera. Mira, yo no hablo mucho, aquí hacen denuncias y la verdad yo soy malo para eso. Trato de compensarlo con el trabajo. Aprendiendo de todas las herramientas. Sé usar el azadón, McLeod, la casanga, las bombas, la motobomba, la desbrozadora, pues todo. Y trato de hacerlo lo mejor que puedo porque es mi compensación hacia lo que no hago de escribir o hablar en los medios.

Estudiar veterinaria fue mi primera opción, otra era fotografía o gastronomía. La escogí para ayudar al bosque, hacer una especialidad en fauna silvestre, para saber cómo tratar a los animales. Porque hay veces que se meten animales a las casas, se meten a las casas serpientes, tortugas, ardillas, tlacuaches y no saben qué hacer con ellos y los matan. Yo quería saber cómo manejar una serpiente, llevarla al bosque con cuidado y que no se muera, a las tortugas, tlacuaches... Por ejemplo, hace como un año, hubo una mamá tlacuache que la encontramos muerta en el bosque y tenía bebés, hijitos vivos. Hicimos lo que se podía, pero no sobrevivieron. Esas experiencias te hacen querer defender... hacer algo más que agarrarlos y darles de comer. Hemos visto ardillas comidas por los perros y los gatos y las aves; serpientes quemadas.

La verdad apagar los incendios sí está muy duro. Al principio te desesperas cuando llegas y ves el humo y las llamas grandísimas y tú dices "¿cómo vamos a poder apagar esto?". Lo primero es tranquilizarnos, repartirnos las herramientas e ir en parejitas, para ir defendiéndonos. A mí no me gusta agarrar el McLeod para los incendios, me gusta agarrar la bomba, los batefuegos, porque eso significa estar cara a cara con el fuego. Tuve una experiencia medio fea, aquí en la cañadita. Íbamos a un incendio y yo llevé una mochila de agua y al querer apagarla desde arriba, me resbalé con las acículas de los pinos, el fuego venía hacia mí, hacia arriba. Afortunadamente mi compañero me alcanzó a sacar. Ha habido otras veces que me he quemado los dedos o la cara, el pelo... Ha habido incendios forestales [en los]

que la gente que está más especializada, se han quemado, se han muerto por eso. Y pues sí te da miedo. Pero es la adrenalina de apagarlo y después la satisfacción de que no se hayan quemado las reforestaciones o los árboles más grandes. También es triste porque a veces se queman hasta las copas y se mueren. En tiempos de secas estamos yendo a regar porque sobre todo los más chiquitos necesitan ayuda, abono.

Hace cuatro semanas, más o menos, yo iba a la escuela y empecé a sentir un dolor, como una presión en el pecho muy fea, seguí caminando y de pronto no podía ni respirar. Me senté y se me calmó un poco pero cuando me paré, otra vez el dolor y mejor me regresé a la casa. Un mes atrás ya me dolía el pecho así que al día siguiente me hice una radiografía. Me dijeron que tenía un neumotórax en el pulmón derecho. Ha sido de las experiencias más feas que he tenido, porque me decían que ya no iba a poder combatir incendios. Eso fue lo que más me preocupó. Fue lo primero que pensé, ni siquiera me preocupé por mí. Después me dijeron “tal vez sí puedas, pero va a tardar un tiempo. Un año, dos años, para que tus pulmones se fortalezcan”. Y yo: “pues si es un año, dos años, pues todavía puedo volver”. Ahorita no puedo hacer esfuerzo de nada, no puedo levantar cosas pesadas, nada de esfuerzo, prácticamente. Hago cosas pequeñas, puedo plantar semillas, poner tierra en las cajas, pero nada pesado. Tengo que esperar cinco meses para que me sane la herida interna. Esperemos que sí pueda entrar a los incendios. Ahorita afortunadamente ya se acabó casi la temporada de incendios... Y ya pues lo que viene ya es más tranquilo. Pero igual, no voy a agarrar la pala para plantar los árboles, pero sí sembrarlos, como ponerles el hidrogel para que se mantengan húmedos o cosas así, chiquitas. Y eso es lo que me tranquiliza.

Hemos tratado de que las personas entiendan el valor que tiene el bosque para todos, pero no siempre comprenden... Sí entienden que el bosque les da oxígeno, que están chidos los árboles, que pueden ver a los animales correr libremente. Pero nada más eso, no quieren involucrarse, es muy difícil hacerlos entender porque yo duré diez años, doce, trece... no me acuerdo cuántos. Muchos años para comprenderlo. Antes me gustaba, pero ahora es parte de mí. Ya no es como que “ah, el bosquecito está bien chido, voy a ir a correr, o ver los arbolitos”. Ahora el bosque es mi familia, mi otra familia.

Las personas tienen un bosque alrededor pero tiran basura, van y matan. Es muy difícil hacerles comprender. Antes no lo veía tanto así, tan parte de mí. Ahora me involucro y lo siento: también respiran... cada cosita, un insecto, un animal... lo que sea. Son seres vivos que merecen también vivir como todos. Y no se merecen que les quiten todo nomás por dinero. Para involucrar a una persona tiene que, primero ella, decirse a sí misma que... No es “el bosque está bien bonito, lo veo de lejitos pero no hago nada”. Es sentirlo. Sentir las cosas a tu alrededor. Sentir que te agradecen por regarlos.

Sentir que te agradecen por apagar el incendio, o que te dan la bienvenida cuando vas al bosque. Bueno, así siento yo.

Un roble me mira

Las palabras de Jorge tenían sentido porque fue la convivencia, el trabajo lo que me hizo encariñarme con este bosque, pero había algo más. Para mí fue sencillo identificarme con él: también soy la menor de cinco hermanos y también perdí a mamá muy joven. Quizás por eso también me fue fácil identificarme con los hijitos de la tlacuache que no lograron salvar, quizás por eso sentí dolor con la imagen de las serpientes quemadas o ganas de llorar cuando recordé cómo en una noche tiraron alrededor de 300 robles adultos. Escuchar a Jorge me hizo darme cuenta de las muchas vidas que se arriesgan con la devastación del bosque y cómo salir en su defensa. Arriesgar la vida no es tan importante cuando se trata de familia.

Lo cierto es que, en mi siguiente visita al Nixticuil, me sentí bienvenida. Y fue cuando estaba concentrada en el trabajo que sentí una mirada. Me di la vuelta y vi un joven roble; tendría unos cinco años y me dolió darme cuenta que pude haberlo pisado el año anterior, sin verlo; entonces aparecieron cada insecto, cada animalito, cada plantita, cada cosita se dejó sentir. Me inundó una sensación de compañía, de agradecimiento. Lo que siento desde entonces es la potente existencia de cada ser vivo, cada ecosistema que he ignorado, que me ha sido indiferente, que he admirado a la distancia. Desde entonces me supe responsable de su vida, de nuestras vidas. Así supe que ya estaba viviendo de modo distinto. Definitivamente comenzaba a aprender a estar y ser diferente entre los lazos de la naturaleza.